

MIGUEL ANGEL GOZALO

Dos cabalgan juntos

SE llaman José Agustín y Paco, que son nombres de burgués catalán y de emigrante mesetario. Estaban los dos, codo con codo, en el escenario del Teatro Marquina, mientras el público derramaba sobre ellos aplausos y nostalgia. Pero no quisieron poner fin al recital con el viejo motivo de otros tiempos, el poema «A galopar», de Alberti, aunque se les pedía con fuerza. ¿Será verdad que, como enseñó Neruda, «nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos»? Nos habíamos quedado, una vez más, con los viejos temas de «estos locos furiosos increíbles»: el percutiente Celaya de «La poesía es un arma cargada de futuro», el indomable Blas de Otero de «Me queda la palabra», el reivindicativo Miguel Hernández de «Andaluces de Jaén». Y, sobre todo, con la vieja música emocionante de «Palabras para Julia», ese poema en el que se nos recuerda que no se puede volver atrás, «porque la vida ya te empuja como un aullido interminable».

José Agustín Goytisolo, este Marcial de los cincuenta, elegante, e irónico, siempre con el cigarrillo en los labios, que ha escrito tanta poesía admirable, será para siempre, sobre todo, el autor de «Palabras para Julia», su poema más conocido, por culpa de su cómplice Paco Ibáñez, que, con su voz y su guitarra, hizo el milagro de acercar la poesía, en los años oscuros, a la inmensa mayoría. Ahora, en plena campaña electoral, cuando, como dicen los versos evocadores del rey Almutamid, que también se cantan en el recital, es «noche de miedo en Sevilla, víspera de la batalla», y andamos todos a vueltas con las encuestas, los dos se han venido a Madrid, se han plantado en mitad de un escenario y nos han regalado otra vez su voz y su palabra.

Dos cabalgan juntos. José Agustín Goytisolo lucía en la solapa, como una condecoración, una flor de retama. Paco Ibáñez, siempre de negro hasta los pies vestido, con su guitarra y «su cara de perro bueno», como le definió su amigo, apoyaba el pie en la clásica silla de enea. Durante dos horas, el tiempo se detuvo y volvió atrás: a mayo del 68, al Olympia de París, a las carreras por la Universitaria; a los años pasados, a lo que pudo ser y no fue, a lo que fue y no volverá. Al final, José Agustín y Paco nos hicieron cantar a coro, como los párrocos de una grey perezosa. No todos los espectadores se sabían la letra de las canciones, y se mostraban más tímidos de lo debido en gentes que, después de todo, nos conocemos bastante bien. Nos conocemos tan bien como esa letra de «Palabras para Julia» que proclama: «Nunca te entregues ni te apartes junto al camino, nunca digas no puedo más y aquí me quedo.» Esa fue la lección de un recital que recomiendo vivamente: que, a pesar de los pesares, hoy es siempre todavía.

